

SOBRE LA PORNOGRAFIA

En la *Correspondencia de España*, diario madrileño, de hace dos días ha publicado Maeztu un artículo interesantísimo y muy justo sobre la Liga antipornográfica.

Empieza por transcribir el duro juicio que al doctor Horton le ha merecido el anuncio ilustrado de un periodiquín titulado *Life (Vida)* que iba á publicarse en Londres.

Dice Horton:

"Apuesto sin miedo, á que ninguna persona decente dirá una sola palabra en defensa de semejante publicación. A nadie puede satisfacerle, como no sea un imbécil moral ó un cretino de una civilización decadente.

"Salgan á descubierto el editor, los escritores y los dibujantes de esa publicación. Se ruborizarían ante la mirada de sus madres. Cualquiera tertulia de ingleses limpios los rechazaría con repugnancia, después de revestirlos de escarnio. ¿Por qué ha de permitir una gran comunidad como la nuestra que

se venda semejante papel? Si las librerías y puestos de periódicos no tienen el talento moral de desecharlo, es preciso que la ley intervenga. Si la ley no pudiere obrar, es necesario que hable la opinión. Un papel de esa clase hace más daño que las mayores inmoralidades en las calles. ¿Por qué apartamos á los enfermos físicos, aislamos los casos infecciosos y destruimos las telas contaminadas? Para salvar de la muerte á la comunidad. Pues un papel como éste es una enfermedad infecciosa; existe para propagar un mal que se basta á destruir las naciones más fuertes. Las gentes que así explotan los elementos dañinos de la humana naturaleza y se dedican conscientemente á corromper la juventud deben ser encarceladas y aisladas. Son un peligro público.”

Transcrito este juicio del doctor inglés, pasa Maeztu á comentarlo con aplicación á Madrid, haciendo notar que la vida de *Vida* no será larga. Y dice:

“Ustedes creerán que los juicios del Dr. Horton se habrán estampado en algún periódico ferozmente reaccionario y clerical. Nada de eso. Los publica *The Daily New*, periódico anticlerical, radical y casi socialista; el más avanzado de los diarios de Londres.”

Y pasa á pedir que se forme en Madrid una Liga contra la pornografía, formada por personas de las más opuestas procedencias políticas.

Hubo una asociación de padres de familia, pero era de padres de familia católicos exaltados, y no limitándose á perseguir la inmoralidad perseguía la herejía.

El hecho es, triste es decirlo, que en España parece como si la campaña contra el vicio hubiese estado vinculada en los reaccionarios. Y esta es una de las causas del descrédito del liberalismo entre las personas limpias de corazón. “Tú ya sabes—me decía hace poco un amigo mío y paisano—que yo he sido siempre y soy liberal, y del verdadero liberalismo como tú dirías, del condenado por el *Syllabus* pontificio; tú sabes que soy partidario de la libertad de conciencia, de cultos, de imprenta, etc.; pero, amigo, ¿cómo quieres que me sume aquí á los liberales si los más de los que adoptan ese nombre son gente de conducta poco limpia?” Y recordé al punto lo que escandalicé á ciertos liberales cuando en un banquete que se me dió en Bilbao dije que el liberalismo no sería eficaz mientras no hubiese un fuerte núcleo de liberales que se acuesten á las diez, no beban más que agua y no tengan querida.

Le sobra razón á Maeztu al decir que no se trata de clericalismo ni de anticlericalismo, sino del vigor físico y mental de las generaciones sucesivas. La voluptuosidad entontece; la castidad y la sobriedad fortifican la inteligencia y el corazón. Siempre he creído, y lo he dicho varias veces, que D. Juan Tenorio era tonto de remate.

El Dr. Horton habla en su severo juicio de imbéciles morales y de talento moral. Y así es; la virtud es una forma de inteligencia, y el vicio ó es tontería ó es locura. Casi todos los borrachos, los mujeriegos y los jugadores que conozco son gente que ca-

recen del vigor espiritual necesario para dedicarse á nobles empresas, de las que se saca más exquisitos y más profundos goces que de esos pasatiempos viciosos. El desarrollo del juego en un país cualquiera acusa una debilitación mental, y sobre esto he de volver.

Habla Maeztu del triste espectáculo que ofrece Madrid desde hace algún tiempo, con sus semanarios porgráficos y aquellos teatritos y cafés-conciertos en que, mientras una desgraciada cupletista berrea cuatro indecencias enseñando al desnudo cuanto Dios le dió y ella vende, el público, un público brutal, estúpido y soez, brama como una fiera en celo. Y si tales teatritos se mandaran cerrar ¡qué no dirían nuestros liberales!

Se pregunta Maeztu si la Liga antipornográfica encontraría oposición, y añade:

“No es posible que encontrase oposición entre los escritores que la habrían combatido hace diez años en nombre del paganismo y de la libertad. La libertad de las opiniones no puede rezar con la pornografía. Y en cuanto al paganismo, aun suponiendo que haya paganos en España, no hemos de tomarlo sólo por un aspecto, si es que tuvo alguna vez el aspecto pornográfico. ¿Por qué no hemos de admirar en la civilización pagana el cultivo de la fuerza física? Seamos fuertes, y luego, si hay quien lo desee, declárese pagano.

“Procuremos que nuestros jóvenes lleguen á los veinte años con el mayor vigor posible y que hagan

luego lo que les plazca con su fuerza. Pero, ante todo, ¡sean fuertes! Ante todo, ¡que no sean micos!”

Esto está muy bien y mucho mejor habiendo salido de la pluma de Maeztu, que es uno de los que han contribuído más á la boga de que goza en España Nietzsche, ese calumniador jurado del cristianismo.

Entre el desgraciado Nietzsche, mal leído y peor comprendido, y el farsante D'Annunzio, con sus paganerías de similor, han ensuciado á no poca de nuestra juventud, que ha buscado apoyo en el primero para sus desaprensiones y en el segundo para sus vicios.

Como sostiene Kidd en sus *Principios de la civilización occidental*, la fuerza motriz del progreso de la cultura, la razón de ser de la civilización humana, es el sacrificio de las generaciones actuales á las generaciones del porvenir, es la preparación del futuro. Y todas esas doctrinas de materialismo moral ó práctico no ven más relación que la del presente al pasado. Los pueblos que caen en ella degeneran y no paran hasta la despoblación por la ovariectomía ó medios análogos y por el esceptismo.

Desde hace algún tiempo hay un grupo de jovencitos decrepitos, ó que fingen estarlo, que á todas horas nos están moliendo los oídos con eso de la vida y repitiéndonos que cuantos pensamos y sentimos de modo opuesto á ellos somos unos misántropos tétricos, fúnebres y odiadores de la vida. Su ale-

gría de vivir consiste en decir que la tienen y en gritar de vez en cuando ¡viva la alegría! ó ¡viva la licencia! ó ¡viva la bagatela! Se parecen algo á los ridículos y ñoños personajes del *Genio alegre*, de los hermanos Quintero, cuya alegría—la de esos personajes, no la de estos autores que son, según mis noticias, dos excelentes muchachos, serios, trabajadores, honrados y limpios moralmente—cuya alegría, digo, consiste en palmotear, reír y decir que están contentos. Y no son más alegres que yo.

Claro está que la alegría no tiene nada que ver con el vicio, y que éste es más bien triste, como todo lo infecundo; pero no soy yo quien junta esas dos ideas.

Y en cuanto al paganismo ¡habría que decir tanto de él...!

Una cosa le ha faltado á Maeztu, y es relacionar esa nuestra actitud respecto á la pornografía, y esa absurda concepción que de la libertad aquí priva, con el olvido de lo que el cristianismo es; y, por otra parte, relacionar el sentido moral inglés con el vigor que al cristianismo dió allí la Reforma. La moda en España entre los no católicos ó los anticatólicos ha sido repetir todas las ineptias y todos los disparates que contra el cristianismo han barbotado los ignorantes, los superficiales, los viciosos, los locos ó los desesperados. Se nos ha inundado de librillos anticristianos, traducidos la mayor parte de cualquier autorzuelo pelagatos, librillos al modo de *La religión al alcance de todos*, ó cierto centón de desatinos que

se titula *Jesucristo no ha existido* ó cosa así. Ni siquiera se nos ha dado el pensamiento serio de los no cristianos de espíritu sereno y justo.

La fibra moral anda muy distendida entre nosotros, y abundan los que se creen personas cultas porque se bañan á diario y tienen el alma henchida de inmundicia.

No faltarán hombres de mundo, socios de clubs—el que no puede ser otra cosa es socio de un club—que se sonreirán al leer estas ranciedades de puritano y se dirán: “¡Cómo se conoce que este pobre hombre vive en una vieja ciudad castellana, metido entre sus libros!” Debo advertirles, sin embargo, que, aunque parezca mentira, también yo he estado en París, adonde me importa muy poco no volver.

Y otros dirán: “Pero ¿qué tiene que ver la vida que se llama de sociedad ó mundana con todo eso de la pornografía y del vicio?” Sí, ya sé que el baile de salón ó el *flirt* mismo no son la orgía; pero yo me entiendo, y ellos también me entienden.

El desarrollo de la pornografía aquí se debe á la falta de altos y fecundos ideales, á la carencia de hondas inquietudes espirituales, á la ausencia de preocupaciones religiosas, á la muerte del romanticismo. Los que han inventado eso de la alegría de vivir y el pseudopaganismo de similor son los mismos que llaman “lata” á cualquier hondo estudio; los que se deleitan con Marcel Prevost son incapaces de leer á ningún pensador serio y profundo.

Las *Claudinas* de Willy, que se han traducido al

castellano, obteniendo un gran éxito, están, no corrompiendo en el sentido moral tan sólo, sino entonteciendo á nuestro pueblo. El que se recrea con esas escabrosidades es pura y sencillamente un cerebro de ínfimo grado. Y no digo nada de esos librijos que se escriben para los jovencitos de quince años y para los viejos de setenta.

Una Liga antipornográfica, sí, está muy bien lo propuesto por Maeztu; pero esa Liga debería extenderse á serlo contra toda forma de superficialidad mundana, contra esa funesta propensión á convertirlo en *sport* todo.

Entre el *sportsman* inglés tal como me le figuro, que busca robustecer la voluntad y el cuerpo, sufriendo privaciones si es preciso, y el ridículo *sportsman* nuestro, cuya esportmanería consiste, más que en jugar, en asistir á juegos y convertirlos en timba, media un abismo. Pero de esta plaga de esportmanería quiero escribir con más despacio en otra ocasión.

Todo ello está íntimamente relacionado: el vicio, la superficialidad, el anticristianismo, la esportmanería y la creencia de que la civilización está en el "retrete", en las calles bien encachadas, en los ferrocarriles y en los hoteles.

"¡Qué español es todo esto!", prorrumpirá alguno, y yo le diré: "¡Ojalá lo fuera!" Desgraciadamente hoy no lo es, no siendo en alguno que otro rincón, sobre todo allá en mi bendito país vasco, donde, por fortuna nuestra, hay algo parecido al tan injusta-

mente censurado *cant* inglés. Los cínicos nos llaman hipócritas; pero Dios que ve á unos y á otros sabrá juzgarnos.

Nadie me quitará mi fe de que sólo los pueblos morigerados son capaces de llenar un glorioso y noble papel humano en la historia, que sólo ellos pueden llevar á cabo obras de duradera civilización. La lujuria, el juego, la embriaguez, entontecen á los pueblos y acercan el hombre al bruto. Si por cada escuela que se abre no se logra cerrar una casa de juego, una casa de prostitución y una taberna, es que la escuela no sirve.

Salamanca, Octubre de 1907.

SOBRE DON JUAN TENORIO

Víctor Said Armesto, mozo muy despierto y muy culto, profesor del Instituto de segunda enseñanza de León, acaba de publicar un libro, el primero y quiera Dios que no el último de los suyos, titulado *La leyenda de Don Juan, Orígenes poéticos de El Burlador de Sevilla y el Convidado de Piedra*. Libro que, aun siendo de erudición y de erudición española, es un encanto.

Y digo esto porque los libros de erudición suelen señalarse en España por lo seco, desabrido é indigesto. Distingúense por la falta de imaginación que en ellos se nota, con lo cual padece la erudición misma. Porque donde la imaginación no interviene, semejantes trabajos se reducen á poco más que hacinamientos de datos y noticias. Con grandísima razón dice Said Armesto, refiriéndose á las investigaciones de Farinelli, sobre la leyenda de Don Juan, que "á veces la mucha erudición ahoga". Y añade: "El sobrado acopio de datos suele envolver á la verdad con tal exceso, que, si no la sofoca, por lo menos la oculta bajo sus anillos inmensos y vistosos." Y aquí

cabe recordar una vez más aquel dicho alemán de que los árboles impiden ver el bosque. En España, si se exceptúa á Menéndez y Pelayo, á Rodríguez Marín y á algún otro, es menester tener gran vocación á ciertos estudios para leer á nuestros eruditos. Sus libros se caen de las manos.

No así este de Víctor Said Armesto. Es, en efecto, un libro que, aunque á trechos un poco machacante y con cierta redundancia de pruebas, se recomienda por lo vivo de su estilo, por la animación que recorre sus páginas, el garbo y donaire con que está escrito y cierto gracejo zumbón, muy de cepa gallega —pues gallego es su autor— que le sazona.

El objeto capital de este libro de que os hablo es combatir la indicación que dejó caer el hispanista italiano Farinelli, de que la leyenda de Don Juan Tenorio no es originariamente española, sino italiana, que la fisonomía del Burlador “tiene perfecto colorido italiano” y que sus fuentes “hay que buscarlas en la fertilísima Italia del Renacimiento”. Said Armesto lucha bravamente con Farinelli para reivindicar en favor de España la originalidad de Don Juan Tenorio, y á mi juicio el erudito español vence al italiano. Los golpes que Armesto asesta á las conjeturas y suposiciones de Farinelli me parecen golpes decisivos. Y al acabar de leer el libro este de *La leyenda de Don Juan* el lector más desprevenido queda convencido, me parece, de que Don Juan Tenorio es genuina y castizamente español. De lo que yo, por mi parte, me siento, como español que

soy, muy poco ó nada halagado, ya que el tal Don Juan nunca fué santo de mi devoción.

Y después de leer á Said Armesto nos convencemos de la espanyolera de Don Juan. Y aún hay más: y es que yo, por mi parte, he llegado á presumir que el famoso seductor de doncellas es, dentro de lo espanyol, más bien gallego que otra cosa, aunque el autor nada nos diga de esto. La idea general es que Don Juan era sevillano, y hasta se le ha confundido con aquel famoso D. Miguel de Mañara, de quien dice su epitafio en el Hospital de la Caridad de Sevilla que fué el “peor hombre que ha habido en el mundo”. Pero á mí no me ha cogido de sorpresa ni mucho menos el atisbo de que Don Juan fuera más bien que andaluz gallego.

Desde luego el nombre Tenorio ó Tanoiro es gallego —y no portugués, como quiere Teófilo Braga— y se ve usado ya en la primera mitad del siglo XIII. Procede de la aldea de San Pedro de Tenorio, no lejos de Pontevedra. Said Armesto nos da en su libro una eruditísima nota sobre los Tenorios, cuya noble casa dejó diversas ramificaciones, tanto en Portugal como en Sevilla. Pero yo, por indicaciones que nada tienen que ver con la genealogía, supongo que, en efecto, si Don Juan no era gallego, por lo menos corría sangre gallega por sus venas.

Y esta suposición es mía, no del autor del libro que me sugiere estas líneas. Said Armesto se limita á decir que Don Juan era español y muy español. El capítulo primero de su libro se titula: “Don Juan ¿es-

pañol?", y el octavo y el último: "Don Juan, español." Es, pues, la labor del libro deshacer la duda respecto al españolismo de Don Juan. Y creo que, en efecto, la deshace.

Escribe así Said Armesto:

"No es rancia vulgaridad, sino observación muy atinada, el decir que la figura de Don Juan Tenorio arraiga en lo más hondo é ingénito de la raza española. Brote de nuestro genio creador, fondo poético de nuestra herencia ideal, él es el tipo de la raza que todo lo arrolla "porque sí", la concreción viva de un estado de alma nacional y de una época. La vida dispada y brillante de Don Juan, su majeza vistosa, el despliegue impetuoso de sus instintos grandes y resueltos, su vivacidad de impresión y su prontitud en la acción, el recio temple de su alma á la vez jubilosa é imprevisora, sus retos insensatos y sus frases de provocador cinismo, nos dan la visión neta y profunda de aquellos jóvenes hidalgos, cuyo ideal jurídico dijo Ganivet era "llevar en el bolsillo una carta foral con un solo artículo, redactado en estos términos breves, claros y contundentes: "Este español" está autorizado para hacer "lo que le dé la gana" (*Idearium Español*, pág. 64). En tal sentido tengo para mí que Don Juan y Don Quijote simbolizan las dos fases de la España antigua, de la España caballerial, inquieta y andariega, que tenía "por fueros sus bríos y por premáticas su voluntad". De una parte, el hidalgo romancesco, el idealista heroico, abnegado y sublime, grave en su locura. De la

otra, el mozo aventurero, el calavera alegre, el sensualista desbordado, frívolo y truhán. Todo el genio que informaba nuestra alma nacional colectiva se refracta en esas dos figuras. Don Quijote tiene por solar la España castellana, la central, con su infinito horizonte y sus páramos inmensos, la España tenaz y valerosa, constante en la adversidad, ascética y sufrida. Don Juan tiene su cuna en la España andaluza, la meridional, la del ardiente sol incentivo de los nervios, la España del rumbo y la guapeza, con su alegría bulliciosa, sin frenos para el amor, imprevisora, traviesa y desmandada, pero siempre hidalga y tan pródiga de su vida como de la ajena. El caballero de la Mancha es un iluso que lleva dentro á un héroe. El caballero sevillano es un hidalgo que lleva dentro á un pícaro."

Hasta aquí Said Armesto. Pero donde á mi juicio llega á la entraña misma del carácter de Don Juan y de todos los Don Juanes españoles es al compararlo con el Leontio de Ingolstadt. Voy á reproducir el pasaje, por ser, según creo, lo más profundo y penetrante que el amenísimo libro de Said Armesto contiene. Después de decirnos que el Leontio de Ingolstadt se nos manifiesta sólo como ateo y blasfemo, como negador soez y desatado, añade:

"El Don Juan español no es un blasfemo ni un ateo. Es sencillamente un calavera que, arrastrado por el goce del momento, mira lejana la hora de comparecer ante el juicio inapelable; un mozo sensual, fogoso y aturdido, á quien la razón egoísta del

placer no deja tiempo para pensar en lo inmediato de la expiación tremenda. El Leontio alemán para nada se cura del amor y las mujeres. Es sólo un energúmeno, un frío negador, grosero y tabernario. Don Juan, por el contrario, es creyente; pero es un creyente de desenfundados apetitos y resoluciones prontas, que al entrever la dicha rompe de frente contra toda ley y se lanza á cogerla con apasionado arranque. Don Juan, muy español en esto, no niega nunca el más allá; pero lo remoto de su justicia borra, ó por mejor decir, aleja tal idea de su mente."

Y ahora, antes de pasar á comentar brevemente estas últimas y penetrantísimas palabras quiero decir que no es el Leontio de Ingolstadt el tipo genuinamente alemán que puede oponerse al Tenorio. Es más bien Werther el sentimental y romántico. Y como más de una vez se ha comparado á estos dos tipos imperecedores, Don Juan y Werther mostrando la oposición que hay entre ellos, no he de volver á hacerlo. Mayormente tomando en cuenta que Stendhal lo hizo de manera magistral en su libro *De l'amour*."

Y volviendo al Don Juan español, me parece que de lo mucho que sobre él se ha dicho difícilmente habrá nada más hondo que eso de que nunca niega el más allá, aunque lo remoto de la justicia borra, ó por mejor decir, aleja tal idea de su mente.

El Don Juan del "¡Tan largo me lo fiáis" no es, en efecto, un incrédulo. Afronta á los fantasmas del otro mundo, pero es creyendo en él.

Y he aquí por qué Don Juan me es profundamente antipático y por qué lo creo pernicioso para nuestro pueblo. Es incalculable el daño que nos hacen los viejos Don Juanes arrepentidos.

Si como el gran poeta portugués Guerra Junqueiro escribiese yo una "Morte de Don João", le pondría al que fué seductor de oficio muriendo entre dos frailes, después de haberse confesado y comulgado devotamente y legado su fortuna, no á los hijos de sus desvaríos que pudieran andar por ahí perdidos y sin padre, sino á cualquier convento ó para que se digan misas en sufragio de su alma.

Don Juan no ha dudado nunca de los dogmas de la Iglesia en que le educaron, porque jamás ha pensado seriamente en ellos. Su ocupación de perseguir y seducir doncellas no le ha dejado lugar para tales meditaciones, ó más bien su incapacidad para meditar en estas cosas es lo que le ha llevado á perseguir y seducir doncellas. Porque en el respecto de la inteligencia Don Juan no se distingue ni por tenerla penetrante ni inquisitiva. Su conversación es insostenible, no siendo para las mujeres que de él se prendan.

Don Juan, después de pasados los años de su ardiente mocedad, suele casarse y se convierte en un respetable burgués, lleno de achaques y de prejuicios, conservador recalcitrante y hasta neo. Oye misa diaria, pertenece á varias cofradías y abomina de cuantos no respetan las venerables tradiciones de nuestros mayores.

Don Juan tuvo en sus mocedades un valor loco é

irreflexivo; más que valor, aturdimiento. Anduvo de desafío en desafío, mató á varios y no se arredró de dar cara á fantasmas del otro mundo y convidar á cenar á una estatua de piedra. Pero Don Juan no tuvo nunca el valor sereno y constante de ponerse á examinar sus propias creencias para buscarles fundamento. Cuando se le recordaba el juicio ultramundano, respondía: "Si tan largo me lo fiáis..."; y se decía: ahora no debo pensar en esas cosas; tiempo vendrá para ellas.

Esos son asuntos que no deben traerse en conversación; es de muy mal gusto hablar en sociedad de cosas de religión; á nada conducen romperse la cabeza meditando en la posible suerte futura... Estas y otras frases análogas son muy del gusto de los Don Juanes y de otros que sin serlo se aproximan á ellos por más de un lado. Y lo curioso es que estos Don Juanes aparecen como espíritus fuertes y ánimos esforzados.

Ahí tenéis á Espronceda que en más de un respecto se nos aparece como un Don Juan, sea ó no esto leyenda. Leed el precioso libro *Espronceda*, de Antonio Cortón —un modelo de biografía de un poeta—, y á través de él adivinaréis lo que de no haber muerto en la flor de sus años habría llegado á ser el amante de Teresa. Ministro sin duda, y ministro moderado. Porque Espronceda, á pesar de la calentura progresista de su primera mocedad —calentura que fué la causa de que llegara á conocer á Teresa Mancha—, llevó siempre dentro de sí un

reaccionario, ó mejor dicho, un hombre que no quiso detenerse á sondear ciertos problemas. Su famosa desesperación, á la moda byroniana, era más retórica y literatura que otra cosa. Espronceda no pudo dudar de ciertas cosas, porque jamás pensó en ellas en serio.

Tengo para mí que nuestros Don Juanes, siguiendo al inmortal Don Juan Tenorio, se dedican á cazar doncellas para matar el tiempo y llenar un vacío de espíritu, ya que no encuentran otra manera como llenarlo. No son, como Werther, víctimas de los anhelos de su corazón, sino que lo son de la vaciedad de su inteligencia.

O comparadle si queréis con la otra inmortal creación goethiana, con Fausto, que, hastiado de ciencia y henchido de desencanto, porque ésta no llena su corazón ni satisface sus ansias, trae á Margarita, á la eterna Margarita, á sus brazos. O cae en los de ella, que es lo que más bien sucede, á pesar de las apariencias en contrario. Y hay que volver á repasar aquel pasaje sublime, aquel pasaje que es una de las cosas más grandes y más hondas que se hayan escrito y se escribirán jamás por mano de hombre, aquel pasaje en que Margarita pregunta á Fausto si cree en Dios. ¿Cuándo preguntó Doña Inés á Don Juan si creía en Dios ó indagó de él la manera de su creencia? Aunque me lo aseguren, yo no lo creo.

Y ese terrible tenorismo ó algo por el estilo se nos quiere presentar por algunos como el triunfo de

la despreocupación y de la libertad de espíritu. Y á la larga lo que resulta es que Don Juan queda esclavo del confesor de Doña Inés, digan lo que quieran Tirso, Zamora y Zorrilla, para no hablar más que de los españoles.

¡Cuánto daría por haber presenciado un encuentro entre Don Quijote y Don Juan y haber oído al noble caballero de la locura, al que anduvo doce años enamorado de Aldonza, sin atreverse á abrirle el pecho, lo que le diría al rápido seductor de Doña Inés! Tengo para mí que quien lograrse penetrar en el misterio de ese encuentro —porque no me cabe duda de que Don Quijote y Don Juan se encontraron alguna vez— y acertase á contárnoslo tal y como fué, nos daría la página acaso más hermosa de que se pudiese gloriarse la literatura española. Yo sólo sé una cosa, y es que por desgracia para España no se vinieron á las manos, no acierto á adivinar por qué, pues de haberse venido á ellas no me cabe la menor duda de que Don Quijote el Burlado habría acabado de una vez con Don Juan el Burlador, siendo la primera y única vez que acababa con un hombre.

Y sé algo más, y es cuál fué la ocasión en que se encontraron nuestros dos hidalgos. Y es que Don Juan iba á seducir á la sobrina de Don Quijote, á la modosita y casera y archijuiciosa sobrinica, la cual si se escandalizaba de las cosas de su tío se habría derretido de gusto al oír los requiebros del otro. Y es fácil que, muerto el caballero, acabara Don Juan, arrepentido de viejo, por casarse con la sobrina para

tener quien le cuidase en su vejez, aunque esto es dudoso, visto que no debía ser muy grande su dote. Porque si bien lo que busca Don Juan viejo es quien le cepille la ropa, le lleve el caldo á la cama, le ponga bizmas, le dé friegas y le lea los periódicos para distraerle, tampoco descuida la dote.

Y lo que de todos modos sé de ciencia cierta es que Don Quijote, asqueado, lo volvió las espaldas con nobilísimo desdén al Don Juan, creyendo que no debía manchar su lanza en semejante hombre.

Don Juan vive y se agita mientras Don Quijote duerme y sueña, y de aquí muchas de nuestras desgracias.

Salamanca, Enero de 1908.

A UN LITERATO JOVEN

No cabe, mi joven amigo, que nos entendamos; usted habla un lenguaje y yo otro, y nos empeñamos, no sé bien por qué, en no traducirnos. Emplea usted frases de esas que en puro oirlas de labios maquinales han acabado por hacerse ininteligibles.

Una de ellas es esa de "llegar". Francamente, cada vez lo entiendo menos. ¿Qué quiere decir lo de "Fulano ha llegado", "Mengano no llegará", "Están difícil hoy para un joven llegar", y otros dichos de la misma calaña? ¿Qué es eso de llegar? Llegar, ¿adónde? No hay más que una llegada segura é infalible: la de la muerte. Y esta es, tal vez, más que llegada, partida.

Contaba Ulises á la hija del rey de los feacios cómo se encontró en el reino de Ades, entre las sombras de las heroínas muertas, con la de Ifimedia. La cual parió dos hijos, Oto y Efialte, que á los nueve años tenían nueve codos de ancho y nueve brazas de alto, siendo los más hermosos que crió la tierra triguera, después de Orión. Estos dos jóvenes gigantes amenazaron armar guerra á los inmortales

mismos, y para ello intentaron poner el Osa sobre el Olimpo y sobre el Osa el Pelión, á fin de que el cielo fuese accesible. Y lo habrían conseguido, añadió Ulises, de habérseles colmado la medida de la mocedad. Pero Apolo les mató antes que les floreciera el vello sobre la boca y bajo las sienas.

¿Intenta usted, mi joven amigo, escalar el cielo, montaña sobre montaña, y teme morir antes de que la medida de la mocedad espiritual se le colme? Si es así, entiendo lo de llegar, si no, no lo entiendo.

Y ¡ay de usted, el día en que se le cumpla eso de llegar! Le empezará el retorno.

Vea aquí por qué tantas veces le he deseado esperanzas que ni se le ajen ni se le realicen, esperanzas siempre verdes y sin fruto siempre, esperanzas en eterna flor de esperanza.

Le duele ser discutido y negado. ¡Ay de usted, si no lo fuese! El día en que llegue usted á ser un valor reconocido por todos, un valor entendido; el día en que se le rindan reverentes los que hoy le discuten, ó sus hijos—si ese día triste le llega—será el de la vejez del alma. Cuando el Dante recorría los reinos de los muertos, sorprendíanse éstos al ver que aquél arrojaba sombra, y por ello sacaban que estaba vivo. Si hubiese dejado de arrojarla era que había pasado ya el umbral de la muerte, donde toda sombra acaba ante las tinieblas. El día en que usted no haga ya sombra es que habrá entrado en el reino de los inmortales, es decir, de los muertos.

Ya sé qué es á lo que usted aspira, á entrar en

este reino de los pálidos ensueños, á la inmortalidad de la muerte. Pero ¿cree usted que la presa vale la caza ó la victoria el combate?

Si usted hiere, y el herido grita, es que usted está vivo; si no se inmuta siquiera, es que están ó él ó usted muertos. Probablemente los dos.

El día en que con voz triunfante digan de usted: “¡Ya entiendo á este hombre!” está usted perdido; porque desde entonces no es usted ya suyo, sino de ellos. Desde entonces les dirá usted siempre lo que creían que iba usted á decirles y lo que querían que les dijese.

Tampoco le entiendo del todo, sino muy á cuartas, aquello de que se está buscando. Querrá decirme que se está haciendo.

Dios, además, le libre de encontrarse, quiero decir, de encontrarse hecho. En el momento en que usted haya concluído de hacerse, empezará su deshacimiento. Hay una palabra en latín que significa lo concluído, lo hecho del todo, lo acabado, y es *perfectus*, perfecto. ¡Cuidado con la perfección!

Cierto es que se nos dijo que seamos perfectos como es perfecto nuestro Padre que está en los cielos; pero esta es una de tantas paradojas como contienen los Evangelios, que están llenos de ellas. La paradoja, en efecto, con la parábola y la metáfora eran los tres principales medios didácticos del Cristo. Y él nos puso un ideal de perfección inasequible, único modo de que nos movamos con ahinco y eficacia á lo que puede alcanzarse. A la perfección divina no po-

demos llegar, y precisamente porque no podemos llegar á ella es por lo que se nos da como enseña de llegada.

Me dirá usted que si se busca es en el propio conocimiento y para llegar á conocerse y no á otra cosa, y me recordará al propósito la tan mentada y tan asendereada sentencia délfica. Aún no sé si el conocerse á sí mismo es el principio ó el fin de la sabiduría, y el fin de la sabiduría, como todo fin, es cosa terrible; pero pienso que acaso fuera mejor que cambiásemos la sentencia famosa y ya acuñada, diciendo: "Estúdiate á ti mismo." Estúdiate á ti mismo, llegues ó no llegues á conocerte, y acaso sea mejor que no llegues á ello, si es que te estudias. Cuanto más te estudies, más te ensancharás y te ahondarás espiritualmente, y cuanto más te ensanches y te ahondes, más difícil te será conocerte.

Y estúdiense usted obrando, en su obra, en lo que haga, fuera de sí. Es muy malo andar hurgándose la conciencia á solas y en lo oscuro. A la luz del día y ante los hombres ponerla al sol y al aire, para que se oree y se ilumine.

Ya otra vez le dije que se anduviese con cuenta con eso de los diarios íntimos, y no me lo entendió usted. Los diarios íntimos son los enemigos de la verdadera intimidad. La matan. Más de uno que se ha dado á llevar su diario íntimo empezó apuntando en él lo que sentía y acabó sintiendo para apuntarlo. Cada mañana se levantaba preocupado con lo que habría de apuntar por la noche en su dia-

rio, y no hacía ni decía nada sino para el diario, y en vista de él. Y así acabó por ser el hombre del diario, y éste tuvo poco del diario de un hombre.

Es el mal de toda sensibilidad reconcentrada. Dicen que ocurre á las veces en el análisis químico-orgánico que al tratar de estudiar un compuesto muy complicado y poco estable, en el acto de accionar sobre él con un reactivo se le destruye, y en vez del cuerpo que se busca estudiar y conocer se encuentra uno con productos de su descomposición. Y así sucede con el análisis psicológico. Y de aquí el que en las más de las novelas llamadas psicológicas encontremos descripciones de estados de conciencia, pero rara vez encontramos almas, almas enteras y verdaderas, como sentimos palpitar y respirar detrás de una frase de obras nada psicológicas. Para verse uno á sí mismo es mejor el espejo que no cerrar los ojos y mirar hacia dentro.

Está usted preocupado con dar una nota personal. Está bien, pero ¿cuál es la nota personal de usted? ¿Lo sabe usted mismo acaso? No es el que habla quien mejor conoce el timbre de su voz. La fisonomía de un río depende del cauce y de las márgenes. Déjese usted ir á la fuerza de su corriente, saltando represas, y no se cuide de lo demás. Así se llega al mar y se queda hecho río.

.....
Algo me queda por decirle, no sé bien qué, pero vele aquí que caigo en la cuenta de lo vano que es meterse á consejero, y mucho más de jóvenes. Aquí

cuadra aquello de "consejos vendo, y para mí no tengo".

Otro que no yo, se aquietaría pensando que se los han pedido, como me los ha pedido usted esta vez. Pero yo sé bien que cuando un joven pide consejos no es sincero casi nunca y lo que en realidad pide es otra cosa. Lo del consejo no pasa de ser un pretexto. Ya antes de ahora me ha ocurrido con alguno que se me ha revuelto, fingiendo desdén, porque no le dije lo que él esperaba y quería que le dijese. Nadie tiene la culpa de defraudar un falso concepto que de él hayan podido formarse los demás.

Y desde ahora le anticipo que pocas cosas habrán de afligirle más en su carrera que el encontrarse con que aprecian en usted lo que usted menos aprecia en sí y le menosprecian por aquello en que se tiene en sí mismo en más aprecio. El exjesuíta y sacerdote católico Jorge Tyrrell, cuya creciente fama llegará á nosotros, dice en su *Lex Credendi* estas palabras melancólicas:

"En nuestra propia experiencia ¿qué hay de más triste y desolador que el ser queridos y admirados por cualidades que sabemos no poseer, ó por aquellas á que no damos valor ó bien nos desagrada tenerlas, y no lograr, por el contrario, atraer á los demás á lo que creemos lo mejor nuestro, ni conseguir interesarlos en nuestros más profundos intereses?"

Observe que en este triste pasaje dice Tyrrell "ser queridos y admirados". ¡Qué dos cosas más distintas! A la edad de usted se busca acaso más la admi-

ración que no el cariño de los demás, y aun aquella á expensas de ésta, pero llegará día, mi joven amigo, en que sentirá usted sed, y una sed no de la boca, sino de las entrañas todas del alma, de cariño. Anhelará usted ser querido. y Dios le libre de encontrarse entonces presa del más congojoso de los tormentos todos espirituales, cual es el de no poder amar. Triste es no ser querido, pero es más triste no poder querer. Y no faltan almas que quieren amar sin poder conseguirlo, viéndose envueltas en una sequedad que las agosta, ahornaga y resquebraja.

.....
 ¿Qué más me queda por decirle? Algo es, sin duda, pero no doy en lo que ello sea. Esto es lo de siempre; dejamos por decir lo que luego hubiéramos querido decir más. Y como se ha dicho muchas veces, nuestros mejores pensamientos son los que se mueren con nosotros sin que los hayamos formulado. Y acaso, acaso lo mejor nuestro es lo que de nosotros dicen los demás ó lo que hacemos decir á los otros. Mis pensamientos germinan en mí y florecen en otros; yo soy un vivero para ellos.

Salamanca, Marzo de 1907.